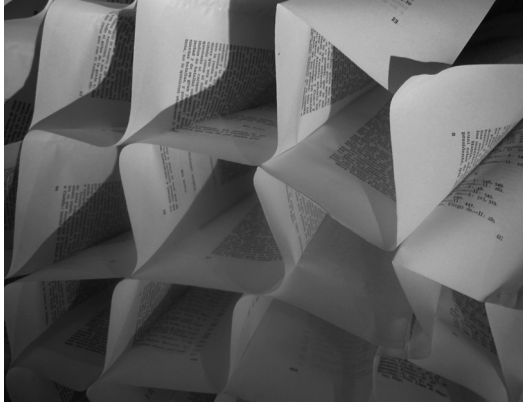


RELATO CORTO



RELATOS GANADORES DEL X PREMIO DE RELATO CORTO 2008 / CENTRO 14

El X Premio de Relato Corto fue fallado el 17 de octubre de 2008 en el Centro 14, Centro de Recursos para la Juventud del Ayuntamiento de Alicante, por un jurado formado por: Miguel Ángel Pérez Oca, Luisa Villacorta, Rosalía Mayor, Daniel Simón, Javier Macho, Juan Ángel Conca, Fernando Ortiz y Marta Cámara.



AYUNTAMIENTO DE ALICANTE
CONCEJALÍA DE JUVENTUD

Portada: *"Descansa en lo difícil esa estridencia de lo mismo"*,
de Jesús Pedraza, artista seleccionado en el concurso
PROPUESTAS DE ARTE DEL CENTRO 14 en 2006.
Edita: Ayuntamiento de Alicante. Concejalía de Juventud.
Depósito Legal: A-1139-2008
Imprime: Gráficas Estilo

ÍNDICE

Prólogo	7
Relato ganador Categoría Junior	9
<i>Chispeantes Burbujas</i>	
Autora: Virginia Hernández Martínez	
Relato ganador Categoría Senior	17
<i>El Niño que Guardaba un Beso</i>	
Autor: Enrique Cherta Ferreres	
Accésit 1.....	29
<i>El Falso Techo</i>	
Autor: Cristóbal Martínez Haro	
Accésit 2.....	43
<i>El Hombre Blanco</i>	
Autor: Álvaro Juan Rosado Velasco	

Para la tradición cristiana el número 10 tiene un valor que sirve para recordar. Al ser diez los dedos de las manos resulta fácil recordar esta cifra. Diez son los años de Premio de Relato Corto de la Concejalía de Juventud e igual de fácil resulta recordar el interés y la ilusión de todos los participantes y, en especial, de los de esta última edición que ha desbordado todas las expectativas.

En una de sus acepciones, María Moliner define al generoso como "aquel inclinado a dar a los demás de lo que él tiene". A lo largo de estos diez años la Concejalía de Juventud ha impulsado la creación literaria entre los jóvenes como forma de participación en la sociedad y faltan dedos en nuestras manos para contar a todos aquellos generosos y generosas que han contribuido a ello: nuestros jóvenes con sus obras y nuestros generosos jurados con su tiempo y sabiduría.

Desde el recuerdo de los Relatos Cortos de estos diez años y satisfechos por el trabajo realizado os espero en 2009.

LAURA CHORRO DIÉGUEZ

Concejala de Juventud del Ayuntamiento de Alicante

Chispeantes Burbujas

Autora: Virginia Hernández Martínez

Chispeantes Burbujas

Autora: Virginia Hernández Martínez

No puedo más, tengo que salir de aquí. La música máquina resuena en mis oídos y la cabeza me martillea irremediabilmente debido al excesivo volumen de la música. El olor a cigarrillos me marea y la vista se me nubla a causa del humo grisáceo. Las luces son demasiado intensas; mis párpados, aquejados por la incesante luz, tienden a cerrarse constante e involuntariamente. También se oyen, de vez en cuando, gritos de clientes borrachines que irritan bastante, no sólo a mí, sino también al resto de la gente que hay en el local. Los camareros van de un lado a otro, sin descanso. Que si suben y bajan, que si entran o salen... ¡ponen nervioso a cualquiera! Todo el mundo está activo, hay movimiento por todas partes... y yo aquí quieto, encerrado en un reducido armario que tiene las horas contadas. La vidriera que posee mi pequeño mueble es lo único que me agrada de este local. Es muy llamativa: los cristales teñidos de azul tienen todos los matices que te puedas imaginar, éstos dibujan perfectas figuras geométricas a las que, por más que mire, no les encuentro ningún significado.

Hace tiempo que estoy aquí, por lo menos tres semanas, y deseo marcharme, pero me es imposible. Mi horizonte será, para siempre, hombres jóvenes y mayores acomodados en taburetes, saboreando cervezas, cubatas, ginebras o algún otro tipo de bebida, con o sin alcohol, a gusto del consumidor.

Este local no es un famoso pub de una enorme ciudad, al que todos desean entrar. Ni por asomo. Este antro es una discoteca de mala muerte, mucha gente dudaría siquiera en calificarla como "discoteca".

Pero, ¿qué sé yo?, o mejor dicho, ¿quién soy yo para decir todo eso? Una insignificante hormiguita en un universo de titanes, una pequeñísima mota de polvo en medio de un mundo cruel e insensible... Al llegar aquí no existía ser sobre la faz de la Tierra más desorientado que yo. Me sacaron de una sombría caja de cartón y me colocaron en esta misma estantería. No me he movido desde entonces. Tan sólo he hablado con una persona, mi vecino Paco, que me narró la historia de este antro. Pero después nada, silencio total y absoluto. Y bastante desconcierto por mi parte.

Estaba yo sumido en mis pensamientos cuando la puerta chirrió al abrirse, ni siquiera levanté la cabeza, el sonido era demasiado habitual como para prestarle atención. Se volvió a escuchar la portezuela al cerrarse, produciendo un golpe seco. Unos tacones caminaban firmemente, esto sí era nuevo, ¿una mujer por aquí?, interesante. No quiero ser machista pero ninguna dama se ha acercado por este lugar, por lo menos desde que estoy aquí. Intrigado, me apresuré a mirarla, mis ojos exploraron su cuerpo. Una veinteañera. Todos los mozuelos se habían girado para contemplarla y los hombres tampoco se quedaban cortos, intentando comérsela con los ojos.

La chica ignoró tan deprimente espectáculo. Caminó hacia mí. Ahora tan sólo nos separaban unos centímetros y un cristal. Paró. Se puso a rebuscar en el bolsillo de su pantalón vaquero, sacó un monedero fucsia y, con cuidado, lo abrió. De él extrajo una moneda, no pude distinguir cuál era su valía, pero ¿qué más daba? Una chica estaba a punto de acercarse a mí, por primera vez en mi vida. En estos momentos me daba igual un trozo de mohoso metal.

Pero nada ocurrió como lo planeé. Nunca en mi vida olvidaré el ruido que produjo la sonora moneda cuando la muchacha la introdujo en la ranura de mi mueble. Ella apretó unas teclas y esperó. Justo en

aquel instante algo me impulsó hacia delante. Hice lo que pude por resistirme, pero todo fue inútil. Llegué al borde, presa del pánico, ¿qué ocurriría ahora? Todo acabaría. Con estos pensamientos me precipité al vacío que se abría ante mí. Caí y caí, se acercaba mi final.

Aterrorizado como estaba, sólo pensaba en ponerme derecho y gritar aquella típica frasecita que se dice en estos desesperados momentos "Pies para qué os quiero". No pude. Simplemente me quedé allí, sin poder moverme. Indefenso. No tuve mucho tiempo para lamentaciones, una oscura figura me rodeó el cuerpo. Se aferró a mí.

Salí del sombrío túnel temiendo lo peor. Abrí los ojos, por eso de morir dando la cara y... vi luz, vi mi estantería desde fuera. El antro en el que tan infeliz había sido tomó forma ante mis ojos. Increíble. ¿Qué había pasado? Lo desconozco, y creo que prefiero seguir con la ignorancia.

Antes de que pudiera terminar de situarme, la chica se puso en marcha, conmigo en su mano. Se alejó de mi vieja estantería, aunque ahora más bien tenía cierta apariencia de máquina. La muchacha dirigió sus pasos hacia la puerta de la calle. Cuando la portezuela se hubo cerrado tras nosotros, mi captora echó a andar de nuevo. Su andar era grácil, rápido, parecía flotar por encima de las grises baldosas que formaban las aceras. No parecía tener rumbo fijo, pero a la vez sabía muy bien a dónde se dirigía. Tomó la calle de la derecha y siguió bajando, ligera como el viento y a la vez lenta. Al cabo de unos instantes comencé a aburrirme del rítmico movimiento de sus pies. Así que la examiné de cerca. Observé cómo su larga melena rubia le caía en cascada por los hombros. Cómo sus ojos verdes contemplaban el horizonte.

De repente paró, sin previo aviso. Desperté de mi ensimismamiento. Nos encontrábamos en un banco, con más chicas. Sus amigas. Os diría el nombre del parque, pero soy nuevo en esta ciudad. Me contentaré con escuchar.

La chica saluda a las demás, ellas le corresponden. Mi captora, Becca para sus amigas, se sienta con ellas en el banco. Se une a la conversación. Están hablando de la universidad.

Y una muchacha morena, guapa, se queja. Tiene sed. El resto se muestra de acuerdo con ella. Entre todas se ponen de acuerdo para ir a visitar la fuente del parque. ¡Dios!, ¿siempre tienen que hacer las cosas en grupo? Iban a levantarse cuando Becca se acuerda de mí. "¡Esperad!", dice. Sus amigas se vuelven. La muchacha me muestra, como si fuera una valiosa pieza de un preciado museo. Me asusté. ¿Qué pasa? Tú también lo habrías hecho. Estaba rodeado de tías que me comían con los ojos, parecían gigantes. Me sentí, más que nunca, una hormiguita. La chica morena me aferró con ansia. Nunca antes me había dolido tanto la cabeza. ¡Será bruta!, sonó un clic y creí que me iba a romper el cráneo. Pero no. Vivito y coleando. Cuando me acercó a su boca, sí quise haber muerto. ¿Qué queréis que os diga? Me venció el pánico. Me puso boca abajo y todas mis burbujas se pusieron en movimiento, fue como si vaciaran algo de mí.

Me fueron pasando unas a otras como a un miserable muñeco de trapo y todas bebían algo de mí. Cuando llegué a la última, a Becca, ésta repitió la operación una vez más y cuando se hubieron acabado todo mi contenido se levantaron. Yo iba en la mano de mi captora, como antes. Todo acabaría bien, ahora me iría a casa de Rebecca y, con ella, viviría feliz. Pues no. Cuando llevaban medio parque recorrido mi compañera se adelantó a las demás, creí que nos íbamos. La chica me arrojó a la papelera. El contemplarla de lejos con sus amigas hizo que se me saltaran las lágrimas. ¿Por qué era

tan cruel conmigo?, ¿a qué esperaba para venir, cogerme y largarnos los dos? Pues la verdad, no lo sé. Pero fuera lo que fuese lo que yo quería no ocurrió, ni apareció ni nada. Así que aquí estoy, en un agujero negro como la noche, frío como el hielo y escalofriante.

No me pienso quedar aquí. Ya esperé bastante en la discoteca esa, o lo que quiera que fuera. Pensemos, ¿cómo puedo salir de esta papelera? Ni idea. ¿Y si pruebo a escalar? Imposible, las resbaladizas paredes no dejan subir a nadie. A lo mejor si salto... Nada, que no llego. Me echo, rendido. ¡Aggg! ¿Dónde me he tumbado? ¡Qué asco! Debo irme de aquí. Hasta ahora no me había dado cuenta, ¡estaba tan ocupado por salir! Pero el olor me provoca náuseas.

Oye, ¿la papelera se mueve o soy yo? ¿Y ese ruido? ¡Aahh! Cuidado. He aterrizado encima de una bolsa de fritos. Ahora sí que no hay duda. ¡La papelera se agita! Sólo hay dos posibilidades, las dos igual de alarmantes. Tornado, o vivo en una papelera mutante. Me inclino más por la primera, pero no hay nada imposible. CRACK. Hemos volcado. Salgo rodando. Bueno, no está mal. ¿No era eso lo que quería? ¡Ay, madre! Pues no, no era esto lo que deseaba. Delante de mí. Un gigante peludo. Pero bueno, ¿no lo veis? Es enorme, no tanto como para ser un humano, pero tiene la dentadura más afilada. Preocupante. Él debe de haber volcado la papelera. Y ahora rebusca entre los escombros que ha desparramado por ahí.

Bien, a mí no me encontrará. Me largo. Chao. Echo a correr lo más rápido que puedo. En mi mente una única idea. Deprisa, más deprisa. Pero el gran titán no parece que vaya a dejarme marchar. Corre tras de mí. Bueno, corre no. Anda. Pero tiene las patas muy grandes. En apenas dos zancadas ya me ha alcanzado. Su gran boca se abre, me coge por la cabeza. Se pone a trotar por las calles. Genial. Simplemente magnífico. Voy de paseo nocturno con "algo" peludo. Lo que faltaba.

El gigante y yo salimos del pueblo, ¿a dónde se dirigirá? No tengo ni la más remota idea. A lo mejor si hablo con él me suelta... A veces me asombra lo ingenuo que soy. Inesperadamente, el titán se pone a correr más rápido todavía. En un santiamén, cruzamos la colina que nos separaba del río. Allí hay dos hombres pescando. No sé qué prefiero, humanos o a este animal que me agarra con la boca. No parece que tenga elección, me voy a quedar con todo. Oye, qué divertido. Contemos. He sido el juguete de un camarero, de una niñata y sus amigas, de un "algo" peludo y ahora de dos hombres. *Supermegaguay* del Paraguay. Si no llega a ser porque hoy es el peor día de mi corta vida, estaría dando una fiesta y todo. Sarcasmo, por supuesto. Me repugna cuando me pongo irónico pero hoy no ha sido para menos. El gigante se acerca a ellos. Parece que los conoce. El más joven pregunta "¿Qué has traído, Calcetines?". Maravilloso. Ahí tenéis al súper gigante. Un chucho.

El chico, rubio, por cierto, me coge. "Mira, padre". El otro asiente y me quita de las manos de su hijo. Me agita y me pone boca abajo para comprobar que no quedan restos de líquido. "Vacío", gruñe y me lanza al río. ¡La gente no tiene sentimientos! Pero de todas formas, aquí no se está tan mal. El agua cristalina, baja transparente y ligera por el cauce del río. La vista es bonita. ¿Quién sabe cuántos días estaré a la deriva, soñando y cantando con los pájaros? ¿Quién sabe qué encontraré en mi próximo viaje? No creo que la muerte se me aparezca por el camino. Todo ser nace y muere, eso lo asumo. Pero tan pronto no. Aún quiero visitar Hollywood, a ver si, con todo, me hago famoso. También Holanda, París... Mi hora llegará cuando llegue, no tengo miedo. Pero, ¿por qué morir siendo la bebida de moda?

Será una gran aventura ser un bote de Coca-Cola a la deriva.

El Niño que Guardaba un Beso

Autor: Enrique Cherta Ferreres

El Niño que Guardaba un Beso

Autor: Enrique Cherta Ferreres

Es una putada que Dios no exista.

Eso es lo que piensa Julio Bedía mientras se muere poquito a poco enganchado a un suero alimenticio. Y es que, aunque sólo tiene quince años, Julio ya sabe que cuando te mueres no hay túnel de luz, ni querubines revoloteando, ni siquiera un modesto coro celestial. Es una putada, pero cuando te mueres no hay nada.

Julio piensa en todo esto mientras se le escapa la vida y por la ventana entra un olorcito de primavera que llega de un árbol cercano. Él está muy quieto, sin fuerzas para moverse: flaquísimo. Un esqueleto que a duras penas puede respirar.

Es normal que esté así: hace dos años que Julio no prueba bocado. Tampoco es que pueda elegir: tiene que guardar un beso.

No es un beso cualquiera, por supuesto. Es su primer beso. Se lo dio una chica de su clase que se llamaba Julia, y eso no tiene nada que ver, y tiene que verlo todo, con el hecho de que él se llame Julio. El caso es que la chica más guapa del mundo le había dado un beso y él tenía que guardarlo para siempre. Porque hay veces que un beso es lo único que nos queda.

Fue un beso como deben ser los primeros besos:

Ella de puntillas, las mejillas coloradas, las manos cogidas tras la espalda. Los ojos cerrados, muy cerrados. Él temblando, sin perder detalle, la vista fija en aquella boca anhelante. El beso llegó despacio, irremediable: se posó tan suave como sólo puede hacerlo el primer beso. Él la miró, la vio tan de cerca, con los párpados cerraditos y una línea de ojos violeta que se había pintado

torpemente. Extendió la lengua, como había visto en las películas. Al principio no sabía muy bien qué hacer con ella: si pensaba en ello, le parecía algo asqueroso. Pero Julio no pensaba. Sólo extendía la lengua. Se tocaron, las lenguas se tocaron por vez primera y hubo un chisporroteo, una electricidad justo en la aorta izquierda, allí donde suena el *do-re-mi* de los latidos. El corazón se desbocó, las manos se movieron solas, agarró el rostro de ella, la sujetó: si hubiera podido la habría cogido y se la habría metido dentro. Habría abierto la puerta de su cuerpo, las costillas de par en par, su interior rojo y caliente, y la habría guardado dentro de sí para siempre. Como un pajarito exótico. Como un tesoro.

Julio llevaba tres meses esperando ese momento. Sólo tenía trece años y a esa edad tres meses es mucho tiempo. Una eternidad, de hecho. Ha paseado tardes y tardes con Julia, hablando de temas que no sabía que no entendía. Cuando le dio la mano por primera vez se emocionó como un tonto. Llegó a casa mirándose los cinco dedos con aire de alucinado: no podía comprender lo que aquella mano había hecho. La extendía junto a la ventana y veía las motitas de luz brillando sobre ella y no podía creer que aquellos cinco dedos suyos, tan insignificantes, se hubieran pasado una tarde entera agarrados (aferrados, más bien) a la mano de Julia.

Él la quería. La quería de verdad, como quieren los niños. La quería con un amor mucho más grande, mucho más sincero, que el amor que usan los mayores, esos que, como dicen, saben más de las cosas de la vida. No le importaban las bromas de los demás chicos, ni las burlas, ni las canciones inventadas. Ni siquiera los corazones escritos en tiza en la pizarra de clase. No le importaba que ella se llamara Julia y él Julio. De hecho, le parecía que era lo más lógico. Si uno encuentra una media naranja, es normal que sea lo más parecida posible a la otra media. Tenía lógica, pues, que fueran

tan parecidos. Ella era rubia y él era rubio, ella tenía los ojos marrones y él también. Los dos tenían una naricita pequeña y apretada y cuando se enfadaban les daba por llorar y aguantar la respiración. También tenían sus diferencias, por supuesto: a Julio no le gustaba el queso y a Julia no le gustaban las películas de Jackie Chan. Julio era alto, uno de los más altos de clase, y Julia no es que fuera muy bajita pero sí un poquito más que la media. Por eso cuando por fin ella se giró en medio de la calle y le miró a la cara, y se paró y le pasó los dedos por la mejilla y le escudriñó tan adentro con aquellos ojos castaños, y por fin, por fin después de tres largos meses, apretó los labios para besarle, Julia tuvo que ponerse de puntillas. Porque él era muy alto y ella bajita. Y aunque las dos mitades encajan, no tienen por qué ser exactamente iguales.

El beso no fue ni largo ni corto. Tenía sentimiento, eso sí, pero aún les quedaba mucho por aprender. Las dos bocas no se conocían todavía, se buscaban, curioseaban una en la otra, pero lo hacían sin comprenderse del todo: hacen falta muchos besos para saber cómo encajar una boca en otra boca. Pero, a pesar de la torpeza, era un beso bonito. Tierno. La boca de Julia sabía a mazapán y a vida.

Y entonces el andamio se vino abajo. Estaban restaurando el viejo convento de las clarisas y algún obrero medio dormido no había puesto todos los tornillos que debía. Simplemente, se le olvidó. Simplemente, ellos estaban enfrente. A veces, para destrozarse una vida, no hace falta nada más que un poquito de mala suerte.

Cuando el andamio se vino abajo, lo primero que el niño oyó fue el ruido de los hierros al derrumbarse. Luego, el grito de un obrero que maldecía. Por fin, el sonido de la cabeza de Julia al abrirse como una sandía.

Julio se quedó quieto donde estaba, con la boca aún abierta, con el beso de Julia flotando sobre su lengua. Afortunadamente, el beso

había podido saltar en el último segundo. Se había salvado de milagro. Un poquito de buena fortuna entre tanta mala suerte.

Julio lo sabía y por eso no se movía. Tenía la cara llena de sangre (sangre de Julia, de la cabeza de Julia que había hecho "paf" como un globo de agua que revienta contra el suelo) y un pedacito de algo se le había quedado pegado en la pestaña del ojo. Era algo pequeñito y rojo y se escoraba justo en el lado izquierdo del ojo izquierdo. Julio no intentó quitárselo. Tampoco bajó la vista para mirar el cuerpecito de Julia que se moría despacito en el suelo. La sangre manaba de su cabeza a borbotones, el cerebro asomaba a través de una raja bien grande. Era amarillo y feo. Tan feo y amarillo como era de esperar, igualito que los cerebros de los libros de anatomía. Ella se moría a sus pies con los ojos cerrados y los labios con ganas de seguir dando besos. Estaba despatarrada y aún tenía las manos cogidas detrás de la espalda. La falda se le había subido y se le veían las bragas de ositos. Eran las bragas de ositos de una chica que no había terminado de dar su primer beso.

La gente se paró a ayudar, los policías gritaron, un obrero lloró desconsolado en un portal. Se formó un círculo de personas alrededor de los muchachos. Curiosos, morbosos, gente con ganas de ayudar, "soy médico, soy médico, déjenme pasar, por favor". Llegó una ambulancia, subieron a Julia y la entubaron. Le pusieron una mascarilla que transformaba su respiración en la de Darth Vader. La niña aguantó justo el trayecto hasta el hospital. Luego, cuando la bajaban, su vida terminó de esfumarse por la grieta de su cabeza.

Mientras todo eso sucedía, Julio permanecía completamente quieto. Mudo. Medio muerto. Tenía dos dedos extendidos hacia la boca y se tocaba levemente los labios. Sí, el beso seguía allí, agarrado a su lengua, temblando por el susto. Vivo.

Sabía a mazapán y a sueños.

En el hospital, cuando le examinaban y le pasaban una lucecita por la pupila, le ofrecieron un bocadillo de tortilla y una Coca-Cola. Julio movió la cabeza lentamente, despreciando la comida. Fue el primer alimento que rechazó. Su madre llegó muchas horas después, había sido difícil localizarla: estaba en casa del vecino dejando que un hombre que no era el padre de Julio le mordiera la espalda. Cuando estás en sitios así intentas que no puedan encontrarte y, claro, no se enteró de lo sucedido hasta horas más tarde. El padre de Julio era camionero y en ese momento debía estar a la altura de Toulouse. Tenía el móvil sin batería desde hacía dos días, y aún tardaría dos más en conectarlo. Tampoco es que eso cambiara mucho las cosas, la verdad. El caso es que cuando la madre de Julio llegó despertó al compañero de habitación con sus gritos y llantos. Tenía el rímel corrido por las lágrimas y sujetaba con las manos la cara de su hijo, hablándole a voz en grito. Era una de esas madres que visten chándal fucsia y usan pendientes de aro. De ésas que creen que vienen a quitarnos el trabajo y que cada palo sostiene su vela. Tenía las uñas largas y pintadas de rosa. Julio no estaba demasiado contento con ella, pero era su madre. Y la verdad es que no era mala gente, tan sólo prototípica. La preocupación que mostraba era real, aunque fuera un poco irritante que todos tuvieran que enterarse de lo grande que era su dolor. Ella apretaba la barbilla de Julio y, llorando, le pedía que dijera cualquier cosa.

Obviamente, Julio no lo hizo. Sólo bajó la cabeza y calló, como callaría durante todo lo que le quedaba de vida. No podía hablar: el beso podía caerse con las palabras. Cualquier movimiento brusco de su lengua podía ser fatal.

Por la noche le trajeron la cena. No probó ni un bocado. No podía comer, claro. No podía dejar que otros sabores borrarán el sabor de mazapán y arco iris que tenía en la boca. Tampoco podía beber. Se

moría de sed, pero no podía beber. El agua arrastraría al beso por la garganta, lo ahogaría sepultándolo en su estómago. Si bebía, el beso desaparecería. Y luego, seguramente por la noche, lo mearía. Y Julio no estaba dispuesto a mear su primer beso. Por supuesto que no.

Los primeros días fueron los más difíciles. Los médicos lo intentaron todo antes de entubarlo. Lo sujetaron entre muchos y probaron a darle de comer un puré de guisantes medio frío. Pero Julio estaba decidido a salvar a su beso y se retorció y dio patadas y puñetazos y cabezazos, y puso los ojos como un lobo acorralado. En una ocasión consiguieron deslizar un poco de pollo por su garganta. Prácticamente habían colocado la cuchara en la campanilla y habían dejado caer la comida. El terror enorme que le embargó al pensar que el beso podía desaparecer le dio nuevas fuerzas. Dos moratones y tres dientes menos después los enfermeros decidieron darlo por imposible. Así que lo entubaron y le alimentaron con suero.

No pasaba nada, aseguraban los médicos. Se trataba, simplemente, del típico shock post-traumático. Era problemático, sí, molesto incluso, pero el niño era fuerte y joven: lo superaría. La madre asentía mientras sufría un ataque de hipo y llamaba al móvil sin batería de su marido. Lo cierto es que nadie pensaba que la cosa fuera para largo. Nadie excepto Julio, que sabía que no iba a rendirse nunca.

Por supuesto, conservar el beso fue muy duro pero hay veces en las que un niño de trece años tiene que hacer lo que tiene que hacer. Y es que, además de no comer, beber ni hablar, Julio tampoco podía moverse. Lo hacía sólo cuando era absolutamente necesario y aún entonces se movía muy lentamente, con el mayor cuidado del mundo. A fin de cuentas, el beso se sujetaba como por milagro de su lengua y no quería correr riesgos innecesarios. Recordemos:

cualquier movimiento brusco podría ser fatal. Después de unos meses de inmovilidad, los brazos tomaron un tono morado, los músculos se atrofiaron poco a poco. Era desagradable esa sensación de convertirse en una caja de metal oxidada, pero era un precio pequeño a cambio de mantener vivo al beso.

Cuando dudaba, Julio cerraba los ojos y paladeaba lo que quedaba de su chica. Sentía el sabor del beso como si se lo acabara de dar. Era complicado conseguir que ningún sabor lo estropeará, resistir la tentación de comer alguna cosa, de beber, de hablar, de moverse. Pero valía la pena. El beso estaba allí, como el primer día.

Sabía a mazapán y a la Osa Mayor.

A mazapán y despedidas de estación.

A mazapán y caricias en la espalda que dibujan una cebra.

Al cabo de unos meses, lo trasladaron a casa. Llevaron allí una cama enorme de hospital que su padre compró de mala gana, refunfuñando que él podría haber hecho una igual con dos hierros, tiempo y un poco de confianza por parte de su señora esposa. El padre de Julio era tan prototípico como su madre. Se ponía las camisetas por dentro del pantalón y se desabrochaba los botones del pecho. Tenía bigote y unas entradas en el pelo que podrían haberse llamado calva sin ningún tipo de problema. Le gustaba el fútbol y las tetas gordas. Eran tal para cual, el matrimonio perfecto. Ya hemos dicho que las medias naranjas tienden a parecerse.

La vida fue pasando sin más. Los padres discutían en el desayuno y por la tarde venía un enfermero a poner un suero nuevo. Cuando su padre estaba de viaje, el enfermero se acostaba con su madre. Cada tanto tiempo le visitaba algún viejo amigo, que se sentaba en la cama, cerquita de los pies, y hablaba de nada con la vista baja. Julio sabía que la madre del niño estaba esperando fuera, en el coche, vigilando que su hijo no saliera antes de hora, cuidando

de que "ese pobre chico" tuviera un poco de calor humano. Pero, con el tiempo, incluso esos amigos dejaron de venir. El aspecto de Julio fue empeorando más y más y las madres prefirieron ahorrar a sus pequeños el triste espectáculo de un niño que se muere. La cosa se aceleró cuando un día, sin más, el cuerpo de Julio decidió rechazar la comida que le entubaban. Tuvieron que cambiar la dosis y hacerla mucho más suave. Fue entonces cuando comenzó a adelgazar de verdad, fue entonces cuando comenzó a tener cara de muerto, con las mandíbulas de calavera y los ojos hundidos y rojos. A Julio le dolía todo y no tenía fuerzas para nada. Su vida era dura, sí, pero por las noches se quedaba a solas con Julia y disfrutaba de su beso.

Mazapán y nieve.

Mazapán y comida con los padres.

Mazapán y campanas de boda.

Siempre descubría algo nuevo. Algún matiz que siempre había estado allí pero que nunca antes había encontrado. Julio dedicaba su vida a analizar y disfrutar aquel beso que se salvó de milagro agarrándose a una papila gustativa.

Mazapán y risas.

Mazapán y pelea por teléfono.

Mazapán y espuma de mar.

Un día se dio cuenta de que iba a morir en poco tiempo. Unas semanas, tal vez un mes, dos acaso, pero poco tiempo de todas formas. Se dio cuenta de golpe, mirando una cortina que movía el viento: se iba a morir porque ya no quería vivir más. Y punto. Esa revelación no cambió su forma de actuar. No hizo ningún gesto para avisar a sus padres, no escribió una nota ni nada por el estilo. A fin de cuentas, uno no se despide de aquello que no le importa. Lo único que Julio iba a echar de menos era aquel beso.

Mazapán y noches de insomnio.

Mazapán y sudor.

Mazapán y silencios que hablan.

Y así fue como terminó pensando el pensamiento que abría este relato: Es una putada que Dios no exista.

Porque si existiera, la muerte de Julio tendría un significado, una utilidad. Si existiera, su alma abandonaría su cuerpo y subiría al cielo como un globo, y allí se encontraría de nuevo con Julia y podría volver a acariciar su pelo rubio, y mirarle el canalillo de sus pechos de niña. Si Dios existiera, Julio podría tomar a Julia de la cintura y mirarle muy de cerca y muy callado y acercar sus labios y devolver el beso a su hogar. Y después, recoger otros besos. Muchos besos, centenares, miles, millones de besos. Largos, cortos, húmedos, graciosos, diminutos, apresurados, salvajes, torpes, tiernos. Una cantidad infinita de besos. Y cada uno sabiendo diferente y a lo mismo.

Mazapán y novillos en clase de matemáticas.

Mazapán y sangre.

Mazapán y polvos de hada.

Se muere, se está muriendo. Ha llegado el momento. Julio se muere ahora mismo, con los ojos tan abiertos como cuando dio aquel beso. El gato de la familia le mira desde la puerta con la cabeza ladeada y maúlla por lo bajo. Se muere, es un niño de quince años y se está muriendo en silencio. Y como lo sabe, como lleva preparándose mucho tiempo para ir a un lugar donde Dios no existe y Julia no lo espera, hace lo único que puede hacer en su situación: traga saliva bien fuerte. Como si fuera una pastilla para la gripe, el beso cae dentro de él. Cae lentamente y Julio lo saborea con todo su cuerpo por última vez. Sabe como siempre. Como nunca.

Mazapán y olvido.

Mazapán y nada.

Mazapán y Julia.

El Falso Techo

Autor: Cristóbal Martínez Haro

El Falso Techo

Autor: Cristóbal Martínez Haro

Estaba sucio, era feo y además resultaba muy peligroso. Ésa fue la conclusión a la que llegaron los vecinos del bloque que habito, en la reunión de urgencia que había organizado la presidenta de la comunidad. Los nervios bloqueaban las intervenciones de los acalorados vecinos cuando se atropellaban los unos con los otros como mulos que entran en una cuadra. La situación era complicada y con pocas soluciones honrosas. Un indigente se había introducido en nuestro portal y pasaba las noches durmiendo en el sillón que tenemos en la entrada.

Era tal el pánico que producía que nadie se atrevía a llegar de noche a su casa por miedo a que aquel intruso les asaltara, como mínimo, o se le ocurriera hacer un acto más atroz. Las madres tomaban la palabra en la reunión, alegando que eran las más perjudicadas en esos casos. Sus hijas no podían llegar de los bailes y las fiestas a la hora que desearan por miedo a entrar en sus propias casas. Era inaudito. Todas somos madres. Un asentimiento general movió la habitación de arriba abajo.

Se tomaron varios acuerdos para solucionar el problema. Lo primero sería desconectar la luz. Si no podía ver para dormir se marcharía. El segundo paso nos llevó a pensar en comprar un perro de esos que vigilan las posesiones. Estaría toda la noche alerta por si se le ocurría aparecer. El tercer punto, que nadie le diera comida, conversación y ni mucho menos cariño.

Estas medidas suavizaron los ánimos. Un vecino que nadie conocía nos sacudió una verdad que no podíamos pasar por alto.

Ese indigente en el fondo era un ser humano. En eso estábamos todos de acuerdo. Pero ése no era el problema. El verdadero problema era su actitud. Estaba realizando una intromisión en nuestras vidas. Estaba poniendo en claro riesgo nuestra seguridad. Se acordó pedirle a ese vecino alguna prueba documental que asegurara que realmente vivía en el bloque. Después de comprobar que estaba de alquiler y que por tanto no era propietario de nada, se le prohibió el voto.

Como en una película de miedo, alguien nos derramó otra verdad más dolorosa incluso que la anterior. Si el indigente entraba en nuestra propiedad, era porque algún vecino le abría la puerta. Esta aseveración nos heló la sangre. Cómo podía uno de nosotros estar introduciendo a ese extraño en nuestra seguridad. No estábamos hablando de dos calles más abajo, no, era uno de los nuestros. Todos nos mirábamos con recelo. Parecía un macabro juego de desconfianza. Incluso alguno de ellos me miró a mí. Aquello nos sobrepasaba. Estaba claro que la situación estaba muy por encima de lo que nosotros podríamos manejar.

Tomó la palabra la vecina del cuarto derecha. Era una mujer mayor que no había tenido suerte en la vida. Nadie sabía con exactitud sus problemas, pero su marido la había abandonado por una compañera más ética después de someterla a una serie de agresiones que no nos resultaban muy confortables al resto de habitantes. Habló con lentitud pero con propiedad. Que cada uno de nosotros vigilara la conducta de su vecino más cercano, para impedir que nadie abriera la maldita puerta al indigente. Eso incluía escuchar los telefonillos para estar más seguros. Todos asentimos. Por lo menos estábamos llegando a alguna conclusión. Resultaba realmente complicado hacerlo cuando se planteaban problemas en aquella comunidad.

Cuando todavía estaba caliente la última proposición, tomó la palabra el vecino del ático derecha. Alegó que no era muy conveniente vigilarnos entre nosotros. Que era responsabilidad de la presidencia de la comunidad velar por la seguridad de todos los vecinos. También correspondía a esta presidencia tomar las decisiones más apropiadas en cada cuestión. Y que no se estaba manejando el problema con la determinación que se precisaba. Todos volvimos la mirada hacia la presidenta de la comunidad. Su rostro evidenciaba lo comprometido de la situación. Estaba acostumbrada a los ataques frontales de su vecino de ático. Respiró despacio y con la lentitud que genera la rabia contenida nos aseguró que ella se encargaría de solucionar ése o cualquier otro problema que la comunidad le planteara. Algunas voces, como las del secretario de la junta, empezaron a señalar al vecino del ático derecha como responsable de la apertura de la puerta al extraño. Lo justificaban como un asalto a las próximas elecciones al cargo de presidente de la comunidad. Y ellos no lo iban a consentir. Eliminarían al indigente si hacía falta por conseguir el beneplácito de los vecinos.

Llamó a la calma entonces el bonachón del primero izquierda. Era un señor regordete que ocupaba el piso de su padre una vez que éste había fallecido. Algunas lenguas ocultas lo acusaban de abandonarlo a su suerte después de arrebatarle hasta el último céntimo. La verdad es que nos causó una gran conmoción el día que los bomberos entraron en la vivienda y lo encontraron muerto. El olor que desprendía la puerta, cuando pasábamos por delante de ella, era insoportable, pero nadie se atrevió a interferir en la vida de los demás. Ante todo, nos hemos mantenido mucho respeto entre los vecinos.

El bonachón sugirió que no centráramos la disputa entre nosotros, que éramos los buenos. Aquello nos produjo una carcajada

generalizada. En el fondo era muy simpático el vecino del primero izquierda. Continuó su alegato aconsejando estar unidos contra la verdadera amenaza que todos teníamos encima. El extraño. Era evidente que cuanto más divididos estuviéramos nosotros, más fuerza y confianza adquiriría él. Había que minar su voluntad. Arrinconarlo. Que viera que no tenía ninguna posibilidad ante la comunidad si ésta se mantenía unida. Algún día no muy lejano desistiría de entrar al portal y se marcharía. Nos pareció bien a todos. Estaba claro que nuestra fuerza pasaba por estar unidos.

El divorciado del séptimo izquierda recordó que había que quitar el sillón de la entrada como elemento disuasorio. Llegó hace más o menos cuatro años y nunca le contó a nadie los aspectos más sombríos de su vida. Nos parece bien que no los cuente, pero tampoco nos parece correcta esa falta de confianza. Por lo visto, según se cuenta, su mujer se pasó de braguetas y se quedó corta de vergüenza. La echó de su casa y ella pidió el divorcio. Un asunto feo. Sobre todo por los niños. La mayor es una adolescente que administra la vergüenza que le dejó su madre en herencia, y el pequeño es un impertinente que terminará siendo un delincuente drogándose en cualquier portal. Un desastre. Los niños deben ver en los mayores los modelos de conducta que necesitan para su desarrollo. La familia debe ser el cuchillo que corta con los malos hábitos. Mañana prohibiré a mi hijo que vaya siempre con ese energúmeno.

El divorciado solicitó que quitáramos el sillón de la entrada y se aprobara la contratación de un guardia de seguridad privado. Debemos pensar en los nuestros, dijo, qué ironía. Y si no se contrata porque sale muy caro, realizar nosotros mismos un cuadrante de vigilancia por parte de todos los vecinos. El murmullo de comentarios que reinó en la habitación había subido para acallar sus últimas palabras. Nadie está dispuesto a pasar todas las noches en vigilia,

pensamos. La presidenta, que miraba de reojo a su adversario político, aseguraba mezclada en los movimientos de sus brazos, que el dinero para la seguridad se iba a generar. Su vecino busca cómplices que refuercen la negación de su cabeza desaprobando la nefasta gestión. En la algarabía que se ha provocado alguien se lamenta de la gran desdicha que les ha caído encima con el dichoso indigente. Por otro lado, el matrimonio del sexto derecha comenta en voz baja y persignándose que esta vez les ha tocado a ellos. La situación se les está escapando de las manos y se ven incapaces de atajar el problema.

De repente, una voz que no había intervenido en todo este momento, se alzó entre la multitud para aportar un poco de luz a las sombras que han invadido la sala. Es el vecino que vive encima de mi propiedad. Es tímido y no muy hablador, pero en esta ocasión ha acertado con su propuesta. Solicita permiso a la presidenta para emprender conversaciones con el susodicho elemento y convencerlo de que abandone voluntariamente la entrada. A cambio se le ofrece la posibilidad de que pernocte en la puerta. Allí no molestaría y no impediría la entrada a los vecinos. El matrimonio refuerza la exposición alegando que una vez dentro podrían cerrar la puerta de acceso y dejarlo fuera, por lo que la seguridad colectiva estaría garantizada. Un aliento de alivio aleteó por la estancia. La solución al problema se les antojaba cercana. Era perfecto. Ambas partes salían bien paradas. Ninguna de ellas se vería en la tesitura de reconocer derrota alguna. Entonces el vecino del ático reconoció la evidencia. Todo pasaba por la voluntad del indigente. Si se negaba a abandonar el rellano de la entrada, alegando frío o cualquier otra nimiedad, todo estaba perdido. La impotencia encendió todavía más la rabia de los vecinos. Aquel sujeto no iba a salirse con la suya sólo con aportar idioteces. Por las buenas o por las malas no se lo permitirían.

La presidenta, como moderadora de la reunión, pidió calma. Ellos eran muchos y él sólo uno. Además, tenían la ley de su parte. Esta palabra fue la que serenó definitivamente a los asistentes. La presidenta era una abogada que trabajaba en un prestigioso gabinete de ilustres interpretadores legales en el centro de la ciudad. Había ganado casos imposibles y era de ahí de donde le manaba esa seguridad que le hizo ganar la disputada presidencia de la comunidad. Habló despacio marcando las palabras para que los asistentes al acto se subieran a ellas. La ley es poderosa. La ley nos protege. La ley hará que expulsemos a ese agente molesto. Y se calló. El silencio dejó a la ley en el aire. Era bueno saber que cuando peor estaban las cosas, existía una cosa llamada legislación que los ayudaría. Nunca se acuerda uno de ella hasta que la necesita. Estaba claro. Lo echarían de su entrada utilizando la ley.

Pero de nuevo la cordura les arrojó agua helada por la espalda. El vecino del segundo derecha, el homosexual que metía impunemente a innumerables hombres en su piso ante la inocente mirada de sus hijos, apuntó que una persona como ésa no se atendería con leyes. No tenía nada que perder, por lo que le daría igual que fueran contra él con alegatos legales. Debería haberse callado. Teníamos la solución y ahora la estaba desmontando. Nunca nos gustó el vecinito del segundo. Demasiado raro. Demasiado perjudicial. Pero le escucharon.

Fue la anciana del quinto izquierda la que tomó la palabra en ese punto. A pesar de estar medio loca y con un principio de Síndrome de Diógenes, nunca dio problemas. Bueno, salvo cuando se quejaron del exceso de cucarachas que apareció por todo el bloque y que se lo atribuyeron al exceso de basura acumulada en su enfermedad. La anciana olía muy mal y los retoños de los vecinos se metían con ella a causa de su senectud. Cosas de niños. Una vez

que acaparó toda la atención, se dirigió a la presidenta y aportó su idea. Debían convencer al extraño de que se mudara a la finca contigua. La idea resultó brillante aunque saliera de una mujer enferma. El problema era decidir quién llevaría las negociaciones. El vecino del ático se ofreció mirando a la presidenta. La presidenta se puso de pie. Todos enmudecieron. No podíamos imaginar que esto llegara a pasar algún día. Los dos contrincantes decidieron someter a votación de los vecinos la candidatura a las negociaciones con aquel indeseable. Después de muchos sembrados de brazos arriba y abajo salió la presidenta. Había ganado y se disponía a ejercer su triunfo. El perdedor era consolado por el secretario de la junta. Todo estaba en orden. La jerarquía que nos gobernaba estaba asegurada.

Oímos entonces, la delicada voz casi imperceptible, de la señorita del quinto derecha. Al principio, como era la costumbre, nadie le escuchó. Alegaba desde la distancia de su tono, que no era apropiado colocarles de nuevo el problema a los ciudadanos contiguos. Que semanas antes ya se les quejaron con la tragedia de las basuras. Colocamos nuestro contenedor en su puerta. La presidenta recogió su queja y todavía la estamos estudiando. El tema de las basuras es un problema que nos atañe a todos, concluyó. Ahora andamos hasta el final de la calle para depositarla. Ahora le damos la razón al vecino del ático. También la llevaba ahora la vecinita del quinto izquierda. Pretendía hacernos culpables de su rancia soltería transmitiéndonos a nosotros su impotencia. Esta vez la escuchamos y tenía razón. No podíamos moralmente colocarles al maldito indigente.

De repente, unos desgarradores gritos infantiles se oyeron en la escalera. Algunos padres se alarmaron por la precipitación de sus retoños y salieron fuera. Entre llantos y sollozos pudimos saber lo que pasaba. Entre juegos y risas habían escupido y pataleado al

indigente para demostrarle a los padres que podían contar con ellos para resolver los problemas. Contaban que el desahuciado los había rechazado con un periódico enrollado. Era comprensible el susto. Ya pasó, decían los azorados tutores mientras les limpiaban la cara con restos de saliva.

El matrimonio lo llevaba fatal. Argüían que la seguridad de sus adorables criaturas estaba por encima de todas las cosas. Ella empleaba su tiempo libre en una asociación cristiana de ayuda al prójimo más necesitado. Pero como decía, y con razón, no iba permitir que ese individuo se introdujera en su misma casa. Él por su parte, increpaba a todos los vecinos convenciéndolos sobre la necesidad de hacer algo. Pero qué podían hacer. La desolación corría tocando todos los pechos y las almas que alojaba aquella sala. Lo estaban intentando todo y no estaban consiguiendo nada.

Surgió la posibilidad de darle dinero para que se marchara. El vecino del ático resopló como un buey. Se propuso realizar una aportación económica por parte de los asistentes, incluido el inquilino. El vecino del séptimo derecha se negó. Era un parado alcohólico sin oficio ni beneficio que se pasaba todas las noches viendo la televisión y contando los días durmiendo. Yo mismo lo oía cuando la apagaba para acostarse. Nos decía que su situación se debía a la mala suerte. Un vago sin espíritu. Por eso mismo se negaba a salvarnos con la aportación. Sugirió que saliera de las arcas de la comunidad. El vecino del ático volvió a resoplar. La presidenta se tropezó con la frase cuando salió de su boca una negación. No teníamos dinero. El parado insistía en que no daría un céntimo. Los pobres esconden el dinero para que no les pidamos, alegaba soberbiamente. Tienen más de lo que aparentan. Registrémoslo, seguro que encontramos algo. Algunos vecinos se incorporaron de su asiento. Por primera vez en muchos meses se

sentía escuchado. Por lo que continuó diciendo, y en caso contrario, no podríamos mantenerlo de ninguna manera. Hay muchos indigentes y no vamos a salvarlos a todos, concluyó. Todos asintieron y el vecino del ático pudo reclinarsse de nuevo en su silla. La presidenta imitó el gesto. No le darían dinero. Faltaría más.

La tarde iba pasando y no solucionábamos el problema. El trastero, surgió desde la parte de atrás de la habitación. Démosle el trastero. Nadie lo utiliza. Todos giramos las cabezas para ver el origen y la fuente de aquellas palabras. Era el impresentable que vivía en el tercero izquierda. Un ex presidiario propenso a la pelea y las discusiones acaloradas. Lo teníamos atragantado todo el bloque. Subía el tono de las conversaciones hasta rozar los gritos. Lo encontramos varias veces durmiendo en el mismo sillón que ahora ocupa el indeseable del portal. La mujer lo expulsaba de casa cuando llegaba a altas horas de la madrugada con sus amigos de la cárcel. Yo mismo lo vi varias veces cuando regresaba. Cuando se aseguró la atención del vecindario prosiguió con lo del trastero. Era una pequeña habitación sin ventanas ni ventilación que teníamos en la galería interior. No lo utilizábamos, era cierto. Hubiera sido buena opción de presentarla otra persona. Pero lo cierto es que podríamos hacer uso del mismo en un tiempo no muy lejano. Nunca se puede saber el futuro. Nos encantó contradecir al delincuente. Y contrariado se sentó.

El enfermo del sexto izquierda, de algo contagioso pensábamos todos, propuso lo que todos rumiábamos en el cerebro pero nadie se atrevía a confesar abiertamente. Envenenarlo. Sabíamos que el indigente bebía vino en envase de cartón. También sabíamos que lo dejaba arrinconado hasta su regreso nocturno. Sería fácil. En realidad lo teníamos todos planeado de antemano en nuestra cabeza. Si el problema era grave, la solución no podía ser liviana.

Teníamos que deshacernos del sujeto. En silencio, todos asentimos mientras nos mirábamos recelosos de ampliar la idea sobre alguno de nosotros. El inquilino nos recordó manifiestamente que en el fondo, él sabrá de dónde, el indigente era una persona. Nosotros le recordamos que no tenía propiedad ni voto. La cosa estaba clara. La anciana del quinto izquierda nos dijo que ella tenía almacenado veneno para ratas. El matrimonio dudaba mirando hacia la ventana en busca de respuesta moral. El parado que vivía en el séptimo derecha nos propuso hacerlo a cambio de dinero. Nos pareció bien. De todos modos, miramos al ex presidiario por si necesitaba ayuda el vago. Vino, veneno y libertad. Todo empezaba a cuadrar. Hasta los niños notaban el estado de excitación que despertábamos los mayores y empezaron a empujarse y pelearse entre risas. Se acordó por mayoría absoluta repartirnos las pertenencias del difunto a partes iguales. El vecino del ático se encargaría voluntariamente de contabilizarlas y la presidenta de administrarlas para su entrega equitativa. Sonreíamos, sonreíamos por primera vez en toda la tarde. Hasta el homosexual del segundo derecha se abraza desvergonzadamente con el divorciado del séptimo izquierda. Es muy confortable y excitante saber que un problema llega a su término. Somos una buena comunidad. Aunque no me gustó que algunos me miraran.

Sólo nos quedaba un problema. Teníamos que decidir qué hacer con el cuerpo inerte del mendigo. Era increíble, hasta muerto nos iba a causar problemas. Las opciones que se barajaban eran disparatadas y poco serias. Todos aportaban su granito de arena y se les escuchaba. Era ilusionante ver cómo los unos comentaban con los otros presentando soluciones. Me di cuenta enseguida, viendo a mis vecinos, que aquel desgraciado nos había unido. Unos decían de enterrarlo en la jardinera de la entrada. Otros, de arrojarlo

por la ventana provocando la sensación de un accidente. Ideas y más ideas, torbellinos de ideas. Se presentó a la junta, envolverlo en plásticos y olvidarlo en el famoso trastero que tenemos en la galería interior. Todos votamos a favor, salvo el inquilino que no tenía derecho a voto.

Cuando el ser humano se une y se enfrenta a los problemas, resulta un ser encantador. El indigente vino a trastocar nuestras vidas y no se iba a salir con la suya. Le íbamos a demostrar que la unión hace la fuerza. Actuábamos y nos comportábamos como un mismo ser. Si en algún momento pensó que podría menospreciarnos se equivocó. Habíamos vencido nosotros.

Se nos heló la sangre. En la puerta, de pie, mirándonos, se encontraba el vagabundo. Era feo, olía mal y ahora que lo teníamos delante, nos resultaba más peligroso todavía. Con esos harapos y el rostro marcado por el vino, parecía un monstruo. Las madres llamaban a sus hijos como las gallinas llaman a los polluelos ante un zorro. El pánico se apoderó de los adultos, que abandonaron la compostura. Sin duda venía a por nosotros. Aquello no podía estar pasando. Se había presentado en nuestra reunión. El indigente avanzó hasta colocarse delante de la presidenta. Luego nos miró a todos nosotros, uno por uno. Sin duda buscaba a alguien. Seguramente nos había oído conspirar contra él y no lo iba a permitir. Nuestro plan se estaba diluyendo como una figura de barro bajo la lluvia. Odiaba a aquel ser deforme.

Entonces le dije algo a la presidenta en voz baja. Ésta, despavorida, no podía contener los espasmos. La mandataria, horrorizada, me dirigió una temerosa mirada y me señaló temblorosa. El desgraciado se giró para mirarme. Se adelantó hacia mí y yo perdí la visión y la dignidad debido al espanto. Cuando llegó a mi lado me abrazó. Era mi anciano padre. La vergüenza se reía de mí escondida detrás de mis vecinos.

El tiempo y mi corazón se marcharon juntos a dar un paseo para aclarar las cosas. La comunidad entera me miraba abrazado al indigente. El mismo que resultaba ser mi padre.

Los vecinos salieron agolpados como un rebaño de cabras perseguidas por un hambriento lobo. Yo me quedé con él hasta que salieron todos. Le tocaba quedárselo a mi hermano todo el mes y lo había puesto en la calle. Vaya con mi hermano. No tenía dónde ir, me dijo. Me estaba esperando desde hacía días y no sabía cómo llegar a mí. En lo más profundo de mi ser, y sin avergonzarme, deseaba que el plan hubiera seguido adelante. Mi padre me volvió a abrazar entre lágrimas. Yo pensaba en el trastero que tenemos en la galería interior.

El Hombre Blanco

Autor: Álvaro Juan Rosado Velasco

El Hombre Blanco

Autor: Álvaro Juan Rosado Velasco

"El amok es más que una embriaguez..., es una locura, una especie de rabia humana..., un ataque de monomanía homicida, insensata (...) De alguna forma guarda relación con el clima, con una atmósfera sofocante y pesada que ataca los nervios como una tormenta, hasta que estallan...Sí, el amok es esto: un hombre cualquiera, sencillo y de buena pasta, bebe su brebaje..., está ahí sentado, abúlico, indiferente, abatido..., y de repente se pone en pie de un salto, coge su puñal y sale corriendo a la calle..., corre en línea recta, siempre derecho... sin saber adónde... Todo cuanto se interpone en su camino, hombre o animal, él lo abate con su kris y el delirio de la sangre lo vuelve más furioso (...) La gente sabe que ninguna fuerza puede detener al loco homicida, y, cuando lo ven, previenen a los demás con gritos de: "¡Amok, amok!", y todo el mundo huye... pero él corre sin oír, corre sin ver, derriba todo lo que encuentra a su paso..., hasta que lo matan de un tiro como a un perro rabioso o cae él mismo, exhausto, echando espuma por la boca..."(1)

"En la ley de Dios, nada prescribe. El fantasma de algún antiguo pecado, el cáncer de alguna desgracia oculta; la llegada del castigo, pede clauda, años después de que la memoria haya olvidado y el egoísmo ha condonado la falta.

(...) Todos los seres humanos, tal como los conocemos, son una mezcla de bien y mal"(2)

"Eritis sicut Deus, sientes bonun et malum"(3)

Las campanas de la Misión de San Andrés plañen en la distancia anunciando la muerte de otra hora de mi vida..., una más, llevándose en cada tañido las cenizas apagadas de mi fe marchita.

Han transcurrido nueve largos años desde mi llegada a este lugar infernal, hediondo, putrefacto, inmerso hasta las entrañas en la sima fangosa del olvido y alejado de la civilización y de la mano de

(1) Stefan Zweig. *Amok*

(2) R.Luis Stevenson. *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*

(3) "Y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal". Johann W. Goethe. *Fausto*.

cualquier Dios que haya existido en este mundo. El calor, iracundo e incansable, se adhiere a la piel formando una película de sudor mugriento que el agua corrompida, en la que sumerjo mi cuerpo diariamente de forma compulsiva, no es capaz de eliminar. Me he convertido en una especie de recipiente de carne en descomposición y de huesos líquidos cuyas exudaciones comienzan a destilar una mezcla de odio y demencia. Mi alma, finalmente, ha sucumbido; se ha doblegado bajo el azuce continuado de la soledad, la amargura y la desesperanza, y se ha torcido como el árbol enclenque y enfermizo ante el azote continuado del viento.

Los sinsabores del día a día, que antes expulsaba como si fueran ventosidades surgidas de una rutina insoportable, son ahora algo más que un sufrimiento pasajero: son una realidad que me aplasta bajo un pesado fardo que me veo obligado a cargar en las homilias que, domingo tras domingo, recito ante unos feligreses cuya sola presencia me revuelve las entrañas, y a los que..., sí, nada he de ocultar ahora que el fin se aproxima..., a los que odio, aborrezco y desprecio desde lo más profundo de mi ser. Desprecio su dejadez y el nauseabundo olor que emana de su piel y que termina anclándose en las fosas nasales. Desprecio la ignorancia que sus miradas de cordero transmiten mientras claman, con gritos silenciosos, una ayuda que yo, como representante en la tierra de este Dios falso y corrupto que les hemos obligado a aceptar —necesariamente he de incluirme entre los integrantes de la Misión de San Andrés—, debía prestarles, solícito y servicial, como un buen pastor ante su rebaño descarriado. Mi extrema repulsa hacia sus cuerpos amarillentos sólo era superada por el odio que sentía hacia la Institución que los había aborregado y sometido, con látigos disfrazados de lenguas viperinas, al terrible yugo del cristianismo. Esta religión de Estado les había hecho olvidar sus más ancestrales creencias y les había obligado a

recitar una monótona oración que les empapaba el cerebro con esa engañosa bondad del que siempre exige algo a cambio. Pero la Naturaleza siempre se vale de todos los medios necesarios e inimaginables para enseñar al ser humano su infinita insignificancia y restaurar esa armonía que el hombre blanco —para mi desgracia, he de incluirme en esta despreciable especie, la más execrable entre todas las que han hollado esta tierra—, se encarga de destruir bajo su ridículo ideal de principios racionales y religiosos. Y yo, ahora que atisbo con claridad la luz en el horizonte y mi sabiduría es confundida por la locura de los ignorantes, puedo escuchar la voz de la Naturaleza que me ordena limpiar esta zona de la enfermedad que la destruye: el cristianismo, y restaurar así el equilibrio que existía antes de la desastrosa llegada de la Misión.

El reflejo que la bandeja de plata —único bien de cierto valor que poseo— me devuelve cada mañana ya no es el rostro del hombre rubicundo, rollizo, de mejillas sonrosadas y mente clara que otrora reflejaba con alegría desmedida, como si se alegrara de devolver el reflejo de un alma en paz, serena, radiante. El brillo de la mirada, que antaño denotaba mi fe ciega en la fuerza de la cruz, ahora no es más que un amargo destello de melancolía, soledad y..., para qué negarlo..., de odio desmedido, irracional e incontrolado hacia todo cuanto me rodea. La imagen que la bandeja regurgita ya no es humana, más bien se asemeja a la de un animal furibundo, con los rasgos desencajados por la angustia del hambre y del dolor. Los pómulos consumidos en unas cuencas interminables; la barba, hirsuta, nacida de cada poro de la piel, da clara cuenta de mi metamorfosis en animal salvaje. Las fosas nasales, surcadas por infinitas venas azuladas, se dilatan, jadeantes, agónicas, anhelando un aire que parecen no ser capaces de aspirar... Observo, en mis escasos momentos de lucidez, que la transformación del hombre en

el sádico animal que siempre oculta en su interior es un proceso sin retorno, sin vuelta atrás, sin posibilidad de regreso..., y presiento que ya estoy en las últimas etapas que me conducirán a la mutación completa.

Mi fe ya no es más que un bosque marchito, decrepito, desbrozado con desprecio por las manos del tiempo, y al que intento regar, en un vano intento por recuperar el esplendor verdoso de antaño, con la luz de la oración y el brillo de la luna a la que todas las noches me entrego. Pero todo es ya inútil, la mala hierba surgida del odio ahoga el jardín que antaño albergara mi alma.

El obispado, aunque había argumentado su decisión de mandarme a estas tierras basándose en una aparente capacidad para la enseñanza, ocultaba el hecho de que me habían utilizado como chivo expiatorio en una "campana de pureza y castidad" —que emprendían, sin tino ni concierto, cada vez que percibían que la férrea cadena con la que sojuzgaban a sus miembros y a sus feligreses se aflojaba bajo la desesperada fuerza de la libertad reprimida—, y me habían castigado por una supuesta relación con una bella viuda de mi congregación que traspasaba la línea de la cordialidad y de lo meramente formal. En algo he de darles la razón a los llamados representantes de Pedro en la tierra: la línea la había superado con creces. En realidad, la amaba, la amaba por encima de todas las cosas, de mi religión, de mi fe..., por encima, incluso, de... Dios.

Pero ahora ese amor se ha convertido en odio. Sonará extraño escuchar estas palabras en boca de un sacerdote, pero, en el estado en el que me encuentro, me es imposible fingir mis sentimientos y ocultarlos bajo unos principios religiosos en los que ya no creo en absoluto. La sonrisa no sólo es un gesto que se perfila en los labios, es mucho más, es un grito del alma, una expresión de la pureza del

espíritu; es la voz, amplificada con inmensa dulzura, de la susurrante voz del corazón. Hace muchos años que he dejado de sonreír, demasiados. Todo en mi interior está muerto y, por ello, deseo que todo a mi alrededor muera conmigo. No puedo soportar los gritos estridentes de los niños retumbando en mis oídos mientras corretean por los alrededores de la Misión. Mi única salvación, mi única vía de escape: la planta del olvido. Recorro a ella desde hace algunos meses. En ella he encontrado, al fin, la serenidad, y, al ingerirla, logro olvidarme del mundo y de los principios compasivos que han subyugado mi existencia. Cuando la saboreo, mi alma deglute una paz cuyo sabor había olvidado, se libera, desprende todo cuanto de oculto hay en ella, todo cuanto de animal hay en mí.

Cuando los indios, aterrados, me ven masticar la planta del *amok* —como ellos llaman a la planta del olvido— en las noches de luna llena —que es cuando florece— farfullan, en ese idioma vulgar, áspero e ininteligible con el que se expresan, todo tipo de plegarias y oraciones a sus dioses mientras huyen despavoridos... Pero esta noche será especial, aumentaré diez veces la ración, para multiplicar por mil sus liberadores efectos. La pasta resultante será mi última comida, la más dulce, la más placentera, la más mortífera, la que desplegará a los cuatro vientos todo lo que un hombre encierra en lo más recóndito de su alma...

El espíritu del infierno despertó en mí al instante y rugió.(2)

El que miraba, furibundo, desencajado, perdido, a la luna no era un lobo estepario desesperado por el hambre, ni un perro rabioso y babeante, era un animal salvaje, cruel, el más fiero de entre todos los que hayan existido sobre la faz de la tierra: era un hombre blanco.

Ese hijo del infierno no tenía nada de humano; nada vivía en él excepto miedo y odio.(2)

Cuando el sacerdote salió de su cabaña, algo en su rostro había dejado de ser humano... eran sus ojos, unos ojos virulentos, inyectados en sangre, y que parecían reflejar el vacío, la soledad extrema, la amargura y el dolor como ninguna otra noche lo habían mostrado. Pero, por encima de todo, traslucían un odio desbocado, de animal rabioso, que parecía aglutinar el absoluto desprecio hacia cualquier ser vivo de la Tierra.

Con sus manos febriles empuñaba un viejo cuchillo oxidado, con tal vehemencia que sus dedos comenzaban a palidecer bajo la temerosa luz de la luna que se filtraba por las nubes, y que parecía esconderse tras las estrellas, como si temiera encontrarse con la mirada del sacerdote, como si presintiera lo que iba a ocurrir y no deseara ser testigo de la matanza que se avecinaba.

Comenzó a caminar, primero con paso lento, apasionado, concentrando toda su fuerza en el ardor de sus ojos; pero, al cabo de unos segundos, como si unas manos le izaran y le llevaran en volandas, comenzó a correr como lo haría una fiera hambrienta tras su presa. Tras unos minutos de carrera infatigable, llegó a la Misión, donde dormitaban, acuciados por el calor y los mosquitos, los cuatro misioneros que, junto con el sacerdote, conformaban la Misión de San Andrés. Sin pensar, de forma mecánica, emitiendo un desencajado gemido de placer con cada puñalada que hendía, fue degollando a cada uno de los presentes. Demasiado aturdidos para comprender la fatídica situación en la que se encontraban, no fueron capaces de repeler el brutal ataque de su, hasta aquel momento, compañero de la decimonovena Misión al Perú que la Orden de San Andrés llevaba a cabo. Sólo un leve gemido consiguió balbucir el

último de los misioneros mientras contemplaba, aterrado, los ojos del hombre blanco clavados en él: "*¡Amok!*".

Al sentir cómo el rojo elemento, caliente, viscoso, de dulzura amarga, le llegaba a los labios, el hombre blanco llegó al éxtasis supremo, a la orgía de los sentidos; fue el *súmmum* de su placer animal, la liberación de su demonio, de su *eidolon* más oscuro, de su sombra; fue su conversión definitiva. Su boca se desencajó como la de una serpiente en un grito aterrador que se extendió por toda la selva que rodeaba el campamento. Un grito espeluznante, sobrecogedor, corrió por toda la selva impulsado por el fétido aliento que salía de sus pulmones.

La selva, aterrada, contestó a su vez con un desesperado murmullo que se fue extendiendo por cada rincón, por cada escondrijo, comunicado de boca en boca, de alma en alma, por todos los seres vivos que la formaban: "*¡Amok! ¡Amok! ¡Amok!*".

Ya no había vuelta atrás. Con la muerte de los misioneros y el regusto amargo de la sangre en sus labios, el alma humana del sacerdote había dejado de existir, quedando, como cenizas de una descomunal hoguera, las brasas ardientes de un espíritu animal cuyas ansias de venganza y muerte jamás serían satisfechas. Jadeante, relamiendo las últimas gotas de sangre que corrían por su rostro, salió de la Misión. Deseaba más. Necesitaba más. Más sangre, más sufrimiento, más dolor.

Comenzó a correr con el puñal sujeto entre los dientes, internándose en la selva, saltando con una agilidad insospechada a través de la maleza. Su instinto le guiaba. Tras unos instantes, se paró. Levantó la cabeza para dejar que el viento le penetrara en las fosas nasales y poder percibir así el olor, el olor humano, el dulce olor de la sangre humana que le desbocaba el corazón y le embriagaba

los sentidos, exaltando convulsivamente cada centímetro de su piel y erizando, como si de escamas ardientes se trataran, todo el vello de su cuerpo.

La luna, asustada, sobradamente conocedora de los peores instintos animales que resurgen con demasiada frecuencia en el ser humano, corrió a esconderse tras la negrura del firmamento, temiendo que el brillo de su cuerpo enardeciera el salvajismo de aquel demonio abrigado con la piel de un hombre.

Corría, jadeante, sin mirar hacia atrás, con la boca espumosa inundada de bilis infecto que brotaba como un géiser en erupción. Él era *amok*; él era el mal; él era un hombre. Un solo pensamiento se había instalado en su cabeza: el poblado indio. Allí dirigiría todo su dolor, toda su rabia, toda su crueldad, todo su odio. Mataría cuanto se encontrara en su camino. "Ellos —se repetía incansablemente— son los causantes de todo. Sin ellos nada hubiera sucedido; sin su vulgar docilidad, sin su falta de lucha, sin esas insoportables miradas cargadas de ingenuidad que sus rostros cobrizos acentúan con ese brillo de estupidez...". Los aborrecía con toda el alma oscura, demoníaca, del ser humano, igual que se odiaba y se despreciaba a sí mismo con todo su ser corrompido y liberado por el efecto del *amok*.

Pero, al llegar ante las pequeñas tiendas hechas de paja que componían el pequeño asentamiento, en un momento de salvaje lucidez, una idea, cruel, sanguinaria, humana, se formó en su mente: incendiar el poblado para acabar con todos de una sola vez y poder contemplar así, impávido, imperturbable, su sufrimiento.

Inesperadamente metódico, maquinalmente perfecto, cerró las tiendas para evitar que nadie pudiera escapar del fuego, y, lentamente, con un inmenso placer morboso rezumando por sus poros, fue quemando una a una las doce tiendas del poblado.

El brillo del fuego se reflejaba en los ojos extasiados, absortos, del hombre blanco. Los gritos de las mujeres y los niños se confundían con los de las bestias que huían despavoridas en un ensordecedor griterío que era como música celestial para los oídos del hombre. El crepitar de las llamas y las antorchas humanas que intentaban, en vano, salir de sus tiendas, excitaban hasta el paroxismo sus sentidos. El cuchillo, mellado por las brascas dentelladas que repartía, destrozaba los cuellos de cuanto ser vivo saliera de las tiendas: hombres, mujeres, niños..., todos eran cautivos del miedo, todos eran presa del hombre blanco, todos eran fruto del *amok*...

Con las primeras luces del alba, justo cuando las últimas cenizas del poblado se consumían bajo la respiración, calmada y satisfecha, de la maldad encarnada en hombre, la mirada inocente, pura, del único superviviente de la matanza —un niño que había permanecido oculto tras los matorrales, inmóvil, silencioso, con los músculos atenazados por el terror que le producía lo que estaba contemplando—, se encontró con los ojos del hombre blanco. Este simple hecho hizo renacer, durante unos breves instantes, la bondad y la ternura que antaño moraran en el alma del sacerdote. El centelleo siniestro de su mirada se apaciguó en esos breves instantes; los efectos del *amok* parecieron desaparecer bajo un fugaz momento de inesperada cordura. Tan sólo fue un suspiro, un relámpago de lucidez que se asomó, trémulo y desconfiado, por el rostro desfigurado del hombre; pero fue lo suficientemente intenso, lo suficientemente puro como para que sus manos, que aún sostenían con firmeza el cuchillo ensangrentado, pusieran fin a la tortura. Éstas, ajenas por unos instantes a la voluntad de la mente que las dirigía, y aterradas al comprender la desolación que habían sembrado hacía tan sólo unos instantes, hundieron el cuchillo en el estómago de su

dueño, soportando las embestidas salvajes que las cenizas del *amok* acometían mientras el filo oxidado desgarraba las entrañas del hombre blanco.

Los estertores agónicos del sacerdote duraron más de una hora, como si la batalla que se había entablado en su interior, mediada entre el arrepentimiento y la desesperación, traspasara las fronteras del alma para llegar hasta lo terrenal. Finalmente, el rictus que presidía su rostro cuando su corazón dejó de latir, era el de un animal abatido en plena cacería: desesperado, agónico, aterrorizado.

"Ahora que ha muerto, ya puede descansar", murmuró el niño con una voz inerte, flácida, sin vida, al misionero de la vecina Misión de San Pablo que había aparecido esa misma mañana atraído por el humo de la noche anterior, mientras éste contemplaba, estupefacto y horrorizado, lo que su mente se negaba a asimilar. "No le juzgue por lo que ha hecho, padre", añadió el niño mientras dibujaba un profundo gesto de amargura en sus labios, como si adivinara los pensamientos que debían rondar por la mente del cura. "Él no era más que un hombre blanco".



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALICANTE
CONCEJALÍA DE JUVENTUD



CENTRO DE RECURSOS
PARA LA JUVENTUD
C/Labradores, 14, Alicante

Tfno.: 965149666 - Fax: 965140613
e-mail: centro14@alicante.ayto.es

